LA VISITA

AL NIGROMANTE.

EN el reinado de Francisco I, vivia en Leon de F
cia el doctor Cornelio Agripa, médico y filósofo alem
que á fuerza de investigar en los secretos de la nat
leza y de hacer esperimentos de estraños resultado
los ojos del vulgo, cobró fama de hechicero y fam
con el diablo. La princesa Luisa de Savoya, madr
aquel rey, la cual residia en la misma ciudad, no
tenta con haberle nombrado su médico con grande
pugnancia del agraciado, se empeñó tambien en q
sirviese de astrólogo judiciario y adivino para dec
le el horóscopo del rey su hijo, empeñado entónces
muy grandes y ruidosas empresas contra la prepot
del emperador Cárlos V. Agripa se negó al princ
tan ridícula pretension, haciendo ver lo vano de a
supuesta ciencia, pero por librarse de las incesante
portunidades de la princesa, condescendió al fin

que le pedia; y como cedió muy de mala gana, los va-
ticinios del adivino, léjos de cuadrar con los deseos de
la madre del rey, no anunciarón mas que desgracias y
descalabros que no tardaron en realizarse. Esto le
acarreó el odio de los cortesanos, y entre la multitud un
concepto general de nigromántico, cuyos conjuros eran
capaces de producir los sucesos mas estupendos, sobre-
poniéndose á todas las fuerzas de la naturaleza. Acre-
centóse esta su nombradía, especialmente despues que,
exasperado por las persecuciones que en parte se suscitó
él mismo con sus virulentos escritos, se vió precisado á
llevar una vida misteriosa y retirada, entregado al es-
tudio de la química y otras ciencias poco conocidas en
su tiempo. Contábanse pues de él muy estraños lances
de apariciones y otros prestigios que tanta cabida en-
cuentran en la credulidad popular; y entre los mas rui-
dosos corria por muy válido el siguiente, del cual hacen
mencion algunos escritores contemporáneos, desechán-
dolo como absurdo, y autorizándolo otros con candoro-
sa ignorancia. Como quiera que sea, en él vemos una
de las consejas mas curiosas que tan á menudo se mez-
clan con la historia de aquellos tiempos.

El sol habia retirado sus rayos al otro hemisferio en
un hermoso dia de otoño, y las sombras de la noche
empezaban á tenderse sobre la gran ciudad de Leon,
cuando con un ligero repique de aldaba llamaron á la
puerta de la casa donde vivia el sabio Cornelio Agripa,
Poco despues se presentó un estrangero en el retrete
donde el filósofo se preparaba á sumirse en sus profun-
das lucubraciones. Su trage era de peregrino de remo-
tos paises, aunque no de los que frecuentaban los san-
tuarios de Compostela y Monserrate, y que á bandadas
solian atravesar el Ródano, viniendo de Alemania y
Colonia. Aunque de muy buena presencia y modales

tran mis ojos que pueda causarles placer. La huesa encierra en su seno todos los objetos de mi amor. El tiempo, en su impetuosa corriente, ha llevado consigo todas las cosas que algun dia hicieron mis delicias. El mundo es un valle de lágrimas, pero entre todas las lágrimas que riegan este triste valle, ni una sola se derrama en memoria mia—y aun se secó la fuente de ellas en mi apenado corazon. Quisiera ver otra vez siquiera el rostro de una persona á quien amé. Quisiera ver aquellos ojos mas vivos, aquel andar mas gracioso que el de la gazela, aquella frente, aquel hermoso lienzo en el cual escribió Dios los mas bellos de sus caracteres. Quisiera mirar todo lo que amé, todo lo que perdí. Mas grato me seria tal mirada que todo lo que el mundo puede ofrecerme; mas que todo, ménos el sepulcro: ¡oh, sí, ménos el sepulcro!

La apasionada súplica del peregrino hizo tal impresion en Agripa (el cual no acostumbraba mostrar el milagro de su arte como quiera á todos los que se lo pedian, aunque era solicitado por muchos con altos honores y cuantiosos tesoros), que sin hacerse de rogar accedió á la peticion del estraordinario huésped.

—¿A quién quieres ver? le preguntó.

—A mi hija, á mi idolatrada Miriama, respondió el peregrino.

Inmediatamente hizo Cornelio que todos los rayos de la luz de los cielos saliesen del aposento; colocó al peregrino á su derecha, y empezó á cantar en tono bajo y voz apacible, pero en una lengua estraña algunos versos líricos, á los cuales, segun le pareció al peregrino, respondia otra voz de cuando en cuando; pero el sonido era tan débil é indistinto, que apénas podia decir en realidad si venia de otra parte que de su propia fantasía. A medida que Agripa continuaba el canto, la pieza se

iluminando por grados, pero era imposible conocer de dónde procedia la luz. Despues de un buen rato el peregrino percibió muy claramente un grande espejo que ocupaba todo el lienzo de la pared mas ancha del aposento, y en su superficie se estendia con rapidez una gasa espesa á manera de nube que impedia la trasparencia.

—¿Murió tu hija en los sagrados lazos del consorcio? preguntó Cornelio.

—Murió siendo virgen sin mancilla, y pura como el campo de la nieve.

—¿Cuántos años han pasado desde que reposa en la huesa.

Al oir esto el peregrino arrugó el entrecejo, y respondió con alguna impaciencia:

—Muchos, muchos; aun mas de los que yo puedo contar ahora.

—Será así, dijo Agripa, pero necesito saberlo, porque por cada serie de diez años que hayan pasado desde que murió, tengo que mover una vez esta vara en todas direcciones, y cuando la mueva por última vez, entónces verás su figura en el espejo.

—Vete moviéndola, dijo el peregrino, y lanzó un doloroso suspiro; vete moviéndola, y guarda no se te canse el brazo.

Cornelio Agripa, algun tanto incomodado, miró al peregrino con bastante despego; pero disculpando su poca urbanidad en consideracion de los muchos trabajos que daba á entender habia sufrido, se puso á mover la vara encantada, y no viendo efecto alguno despues de muchos giros de á diez años, creyó que habia perdido su virtud. Consternado se volvió al peregrino y esclamó:

—¿Quién eres, hombre ó espíritu? Tu presencia me tiene turbado. Segun todas las reglas de mi arte, esta vara ha recorrido ya dos veces doscientos años, y toda-

vía no hay la menor alteracion en la luna del espe
Dime si te burlas de mí, y si en realidad ha existido
persona que me has pintado.

—Mueve la vara, mueve la vara, fué la grave y
respuesta con que el peregrino satisfizo la inquietud
Cornelio.

Aunque estaba acostumbrado á no asombrarse de
co, su curiosidad comenzó ya á sentirse muy empeñ
y un misterioso temor que se apoderó de su ánimo le
gó á continuar el conjuro, por mucho que dudase ya
la sinceridad de tan singular personage. Ya le fle
ba el brazo en fuerza de tanto moverlo, cuando volvi
oir la voz grave y solemne del peregrino, que repet
"Vete moviéndola, mueve la vara;" y al fin, despues
haber recorrido, segun el cálculo de su arte, mas de
y cuatrocientos años, empezó á disiparse la nube
empañaba la luna del espejo, y el peregrino, dando
grito de alborozo, se levantó y fijó ansiosamente la
en la escena que se le representaba.

Descubríósele una perspectiva de las mas román
y esquisitas por su amena variedad. A lo léjos se
elevadas montañas coronadas de cedros: por medi
una espaciosa llanura llevaba sus aguas cristalina
rio magestuoso, y en sus márgenes se veian sestear
alegre olgura muchos camellos y otros animales
sos, que se esparcian por la vega hasta un estanque
llado de lozanas plantas, á donde ocurrian mucha
ses lanares á apagar la sed. No léjos del estanque
collaba una erguida y frondosa palma, á cuya sombr
taba sentada al abrigo de los rayos del sol de med
una jóven de singular hermosura, ricamente ader
en su trage oriental.

—¡Ella es! ¡ella es! gritó el peregrino, y se abal
ácia el espejo; pero Cornelio le detuvo diciendo:

—Guárdate, temerario, de moverte de ese sitio. A cada paso que des ácia el espejo, la imágen se hará mas imperceptible, y si te acercas demasiado, desaparecerá del todo.

Con este aviso volvió á ocupar su asiento; pero era tan grande la agitacion que sentia, que se vió precisado á asirse del brazo del filósofo para sostenerse, miéntras que de cuando en cuando proferia espresiones de asombro, de deleite y afliccion. "¡Ella es, ella es! ¡Suyo es ese mirar dulce! ¡Oh! ¡qué hermosa la veo! Miriama, hija mia, ¿no puedes hablarme? ¡Cielos! ¡la veo moverse! ¡Ya sonríe! ¡Oh! ¡háblame una sola palabra! ¡A lo ménos veate yo alentar, échame una mirada! ¡Ah! ¡qué silencio tan profundo! ¡Silencio triste y desconsolado como este corazon mio! ¡Ya vuelve á sonreir! ¡Oh sonrisa! ¡Mas de mil inviernos son pasados, y aun no se ha borrado su imágen de mi corazon! ¡Cruel anciano, inútil será que quieras detenerme! ¡Yo voy, me precipito á abrazarla!"

Diciendo esto, se arrojó como un frenético ácia el espejo, y al punto se desvaneció la escena que en él se representaba; volvió la nube á empañar su transparencia, y el peregrino cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí se encontró en los brazos de Agripa, que estaba frotándole las sienes con espíritus, fijos en él los ojos llenos de asombro y de temor. Inmediatamente se puso en pié del todo recobrado, y apretando la mano de su huésped, le dijo:

—Gracias, gracias te doy por la bondad y condescendencia que has usado conmigo, y por la dulce aunque dolorosa imágen que has ofrecido á mis ojos.

Pronunciando estas palabras, puso un bolsillo en las manos de Cornelio, pero este se lo volvió, diciendo:

—No, no: guarda ese oro, amigo mio. En verdad

dudo mucho que haya un cristiano que se atreva á recibirlo de tí; pero seas quien fueres ó lo que fueres, me daré por bien pagado con que te descubras.

— ¡Repara allí! dijo el peregrino señalando un gran cuadro histórico que estaba colgado en el otro lado del aposento.

— Ya veo, dijo el filósofo, que es una pintura primorosa de un artista italiano de los mas hábiles y antiguos, y que representa al Salvador con la cruz á cuestas.

— Pero míralo bien, y verás mas, dijo el peregrino clavando en el cuadro sus ojos negros y espresivos, y señalando con el dedo una figura que habia en él á mano izquierda.

Miró Cornelio, y vió con asombro lo que hasta entónces no habia reparado; y era una estraña semejanza que aquella figura tenia con el peregrino, cuyo perfecto retrato parecia en un todo.

— Esa imágen, dijo Cornelio como horrorizado, representa el desventurado infiel que dió un golpe al divino Redentor porque no andaba mas aprisa, por lo cual fué condenado el infeliz á andar por toda la tierra hasta la segunda venida del salvador.

— ¡Ese soy yo, ese soy yo! esclamó el peregrino, saliendo apresurado del aposento, desapareció en un instante.

Entónces conoció Cornelio Agripa que habia estado departiendo con el JUDÍO ERRANTE. *

* *La existencia tradicional de este judío se menciona por escritores de buena nota, que sin darla por cierta, no creen incompatible con los altos juicios de Dios. Entre otros hablan de ella Moreri en el Diccionario histórico, y el benedictino Calmet en el suyo de la Biblia. El sabio Fleujoo la da por fabulosa en sus Cartas eruditas* (25. tom.) *despues de referir todo lo que se ha dicho y escrito acerca de ella, y de qué manera se tuvo la primera noticia del tal judío en Inglaterra, á principios del siglo XIII.*

SEÑALES DEL TIEMPO.

Señales de lluvia por las aves.

LAS aves de mar y agua dulce, tales como los cormorantes, las gaviotas, gallinetas, volando del mar ácia las aguas dulces y la tierra, anuncian mal tiempo; las aves terrestres volando al agua, y las que se sacuden, se lavan y hacen ruido, especialmente por la tarde, denotan lo mismo; los gansos, patos, &c. picando, sacudiéndose, lavándose y haciendo ruido; las cornejas por bandadas y desapareciendo súbitamente; las maricas y grajos por bandadas y haciendo ruido; los cuervos y cornejas con gresta, gritando por la mañana con interrupcion en sus tonos, ó las evanejas muy clamorosas por la tarde; el ceron, el alcaravan y golondrinas volando bajo; los pájaros abandonando el pasto y volando á sus nidos; las gallinas yéndose al gallinero ó los palomos al palomar; las gallinas caseras escarbando en el polvo y aleteando;